



La Vida Monástica y los Laicos de los Movimientos de Iglesia

El documento que transcribimos a continuación sigue el siguiente esquema general. En la sección I. ¿QUÉ SON LOS MOVIMIENTOS DE IGLESIA? Se intenta una definición de este fenómeno y una explicación de ciertas características comunes. La sección II. EL MOVIMIENTO APOSTÓLICO MANQUEHUE describe el origen, desarrollo y situación actual de este movimiento en particular porque se ha considerado que conocerlo es importante para entender el punto de vista desde el cual se plantea la sección III. MONASTERIOS Y MOVIMIENTOS. Por último se presenta la sección IV. REFLEXIÓN FINAL, que es muy breve.

Se me ha pedido que en este Encuentro Monástico Latinoamericano hable acerca de la vida monástica y los laicos de los movimientos de Iglesia. Existen muchos estudios, documentos y reflexiones acerca de este fenómeno de los movimientos. He leído varios de ellos y creo que se expresan más exacta y sabiamente de lo que puedo hacer yo. Si puedo decir algo es casi únicamente desde mi experiencia, y reflejaré por ello toda la simpleza con la que me he involucrado en este tema. Les pido que me perdonen esta simpleza.

I. ¿Qué son los Movimientos de Iglesia?

Antes de responder quisiera aclarar que cuando hablo de movimientos de Iglesia me estoy refiriendo no sólo a los que se autodenominan como tales, sino también, en un sentido más amplio, a todas las agrupaciones de fieles que —más allá de los estatutos jurídicos que hayan adoptado— actúan en el mundo secular organizadamente para que sus miembros —que en su

mayoría son laicos— lleven una vida guiada por el Evangelio y que no se enmarcan del modo tradicional en una parroquia o diócesis específica.

Dice el libro del Génesis: *Dijo Dios: "Haya luz", y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien, y apartó Dios la luz de la oscuridad*¹. Este *Dijo Dios: "Haya luz", y hubo luz* puede entenderse no sólo de la luz que ilumina toda la creación sino también, en otro sentido, de la luz que se revela y que ilumina a todo hombre que viene a este mundo². En la génesis de todos los movimientos hay una experiencia de la revelación de la luz del mundo —Jesucristo— que se encuentra con un hombre o con una mujer.

San Pablo sostiene que el hombre es espíritu, alma y cuerpo³, y en muchas épocas de la historia, el hombre tiene la tentación de vivir solamente desde su alma racional. Sin embargo, jamás dejan de existir los ojos del corazón⁴ que esperan con ansiedad la luz del Espíritu y que se levante en los corazones el lucero de la mañana⁵. La acogida de esta luz por parte del hombre, como Abraham —a quien Dios dijo: *vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré*⁶—, da origen a los movimientos. Un hombre recibe una revelación, se pone en camino hacia donde Dios lo va guiando y este Espíritu de Dios penetra en su espíritu de forma que se convierte, al decir de San Pablo, en *carta de Cristo*⁷ que habla *palabras de Dios*⁸. Esas palabras que él dice desde su realidad de hombre o mujer caen en los corazones de otros dando origen a un movimiento. Como puede verse, a mi entender, los movimientos espirituales tienen un origen inmerso en el misterio de Cristo que vive resucitado de entre los muertos e interviniendo con poder en la historia y las vidas de los hombres. El mundo de hoy está lleno de ideologías y sistemas, lleno de

¹ Gn 1,3-4.

² Jn. 1,9.

³ ITs 5,2.3.

⁴ Ef 1,18.

⁵ 2Pe 1,19.

⁶ Gn 12,1.

⁷ 2Co 3,3.

⁸ IPe 4,11.

utopías, que tratan de ser respuesta a la inquietud del hombre, de ser la saciedad y la paz de su ansia más profunda. A veces toman mucha fuerza, pero luego se desvanecen con el consiguiente dolor de quienes han puesto en ellas su esperanza. Frente a ellas, el hecho del maestro y el discípulo —que está en la raíz del monacato y también de los movimientos— se renueva constantemente en una dimensión que el mundo no entiende pero que es más real que el mundo porque por allí pasa el Espíritu de Dios.

Aunque los movimientos son un fenómeno nuevo, se han considerado como antecedentes históricos suyos el monacato de los primeros siglos, el movimiento franciscano, las cofradías y terceras órdenes, los oratorios, las fraternidades, las pías uniones, las conferencias vicentinas, las congregaciones marianas, y más recientemente la Acción Católica a quien se debe en buena medida la promoción del laicado en nuestra era. Sin embargo, no es sino hasta este siglo —centrado para estos efectos en el Concilio Vaticano II— que se produce su mayor crecimiento. Es el caso de las Comunidades de Vida Cristiana, los Cursillos de Cristiandad, el Movimiento de los Focolares, Sodalitium, Encuentros Matrimoniales, Camino Neocatecumenal, Renovación Católica Carismática, Comunión y Liberación, Movimiento Apostólico de Schöenstatt, etc. Dice Juan Pablo II que el Espíritu, "para continuar con el hombre de hoy el diálogo comenzado por Dios en Cristo y proseguido a lo largo de toda la historia cristiana, ha suscitado en la Iglesia contemporánea múltiples movimientos eclesiales"⁹. Ahora bien, el Espíritu, al hablar y actuar a través de una persona o un grupo, lo hace sin prescindir de las características de la época ni de la cultura ni de los temperamentos individuales, por lo que no es de extrañar que nos encontremos dentro de los movimientos con los carismas más diversos: movimientos más contemplativos y movimientos más activos, más centrados en la experiencia o más preocupados de la doctrina, que usan mucho la Palabra de Dios o que ocupan más autores espirituales u otros libros de devoción, etc. Aun así, me atrevería a nombrar algunos elementos de espiritualidad que son comunes en estos grupos. No es que todos los que nombro aparezcan en todos ellos, sino que me parece que son frecuentes.

⁹ Juan Pablo II. *Al Movimiento Comunión y Liberación*. 29/8/84.

1. *La experiencia de Dios y de Jesucristo Resucitado*

Como los peregrinos de Emaús que caminaron con Jesús sin conocerlo, o como Job que de pronto exclama *Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos*¹⁰, en un momento de la vida espiritual de las personas se produce una revelación de Dios y una experiencia de su amor manifestado en Jesucristo que vive resucitado de entre los muertos. Esta manifestación transforma la religión de las personas –sus ritos, oraciones, costumbres y normas– en una vida de fe y se da a veces en hombres o mujeres absolutamente alejados de la Iglesia y a veces en laicos muy comprometidos y también en sacerdotes o monjas.

2. *La Conciencia del propio Bautismo*

Cuando la mayoría de los bautizados ha recibido este sacramento siendo niño, el descubrimiento de lo que significa haber pasado por él tiene consecuencias radicales. En el bautismo, los miembros de los movimientos descubren tanto el llamado más central de su vida como la gracia que lo lleva a cabo: su vocación a la santidad. Se saben, por su bautismo, llamados a darle al Señor la prioridad absoluta en sus vidas; descubren que la vocación –palabra que había pasado a identificarse directamente con sacerdotes y religiosos– es algo que todos reciben y que todos deben vivir: vocación de Dios a ser laico, llamado de Dios al matrimonio, vocación a tal o cual misión, etc. Dios deja de ser un accesorio que se incorpora al propio plan de vida, decidido por uno mismo, para pasar a ser quien decide la vida entera. Aunque el espacio normal para que el laico busque a Dios y cumpla su misión es el de su trabajo, el de sus deberes de estado y el lugar que le toca vivir, no es extraño que laicos de los movimientos –dejando trabajos y negocios en el mundo, cambiando de patria, y algunos viviendo en celibato– se dediquen por entero a la evangelización y a la Iglesia, todo ello en virtud de su bautismo que ven como una consagración real. Incluso, dentro de las comunidades neocatecumenales, existen familias enteras que salen a misiones trasladándose de lugar y cambiando de modo de vida.

¹⁰ *Job* 42,5.

Esta conciencia del propio bautismo produce, en cuanto al concepto del rol del laico, consecuencias que hoy parecen novedosas pero de las que podemos encontrar numerosos ejemplos en las primeras comunidades cristianas. En los movimientos el protagonismo laical suele ir más allá de una participación más activa en las iniciativas de la jerarquía de la Iglesia y llega a darse que el origen mismo de las iniciativas sea propiamente laico y que sean ellos, los laicos, quienes vayan a pedir a los ministros y a la jerarquía su beneplácito y su cooperación.

3. El uso de la Sagrada Escritura

A partir del Concilio Vaticano II se ha vuelto a estimular a todos los fieles para que lean la Biblia. Los movimientos encuentran en el Evangelio y en toda la Escritura al Dios personal, no lejano y ausente a sus propias realidades sino amante de cada individuo, y a Jesucristo que es la manifestación de este Amor del Padre. Muchos encuentran también en los salmos una forma de oración predilecta. Poco a poco, el Oficio Divino vuelve a ser —como lo fue en otros tiempos— verdaderamente una oración de todo el pueblo de Dios no sólo en versiones adaptadas.

4. La comunidad

En casi todos los movimientos, el camino se recorre en grupos, pequeños o numerosos, dispares u homogéneos, pero grupos en definitiva que reciben nombres como el propio de comunidad, equipo, círculo, o simplemente grupo. Es también común un fuerte sentimiento de pertenencia al movimiento, de identificación con el camino y con los demás miembros que lo recorren, más allá de la propia célula comunitaria: muchos movimientos se miran a sí mismos como familias de padres, madres, hijos, hijas, hermanos y hermanas espirituales.

5. Sentido de ser Iglesia

Los miembros de los movimientos descubren que son Pueblo de Dios escogido y no meramente fieles que "van a la Iglesia" sea regularmente o en ocasiones como el matrimonio o el nacimiento de un niño. El término "la Iglesia", que para muchos católicos ha venido a designar sólo al Papa

con los obispos y sacerdotes, significa para los movimientos lo que realmente es: todo el Pueblo de Dios, incluidos ellos mismos. Los miembros de los movimientos descubren en sus distintos caminos que están llamados a participar cada vez con mayor plenitud en la misión sacerdotal, profética y real de Jesucristo, adorando a Dios e intercediendo por el mundo, anunciando el Evangelio e instaurando el Reino de Dios en sus realidades particulares mediante el servicio a sus semejantes.

6. Renovación de la Liturgia y de la vida sacramental

Todo lo anterior hace descubrir que la fe se celebra en la liturgia, muy especialmente en la eucaristía y en el sacramento de la reconciliación. La liturgia toma modos distintos pero en todos ellos se viven profunda y realmente los misterios que se celebran y se renueva el sentido de los sacramentos como alimento espiritual verdadero y vivificante.

Para muchos de ustedes no será sorpresa que la inserción de los movimientos en la Iglesia enfrente algunos problemas. Por un lado, tal como sucedió con el movimiento monástico en sus orígenes o con las órdenes religiosas en tiempos posteriores, un nuevo fenómeno presenta un nuevo desafío para la estructura existente en la Iglesia y para los obispos en cuyas diócesis surge o llega. Por otro lado, no es rara la tentación de los grupos a absolutizar el propio carisma y a presentarlo como el único auténticamente eclesial, producto probablemente de la fuerza que tiene la propia experiencia, constituyendo una Iglesia particular con cierto sentido de superioridad sobre el resto. Tampoco es extraña la queja de que los movimientos proclaman mucha obediencia al papa al mismo tiempo que ignoran a sus obispos o que, sobre todo cuando toman carácter internacional, tienden a moverse al margen de la pastoral de conjunto de las Iglesias locales. Por último, debemos recordar que la plena comunión eclesial, tanto dentro de los movimientos como entre ellos y sus comienzos en la Iglesia, requiere a veces de un esfuerzo en la caridad para aceptar la pluralidad de formas en que se dan las manifestaciones del Espíritu que —por sus diversos acentos— pueden parecernos hasta contradictorias.

Frente a estos problemas y a la realidad de los movimientos el papa Juan Pablo II en su labor de servir a la Palabra de Dios y "en la perspectiva de la comunión y de la misión de la Iglesia, y no, por tanto, en contraste con la libertad de asociación" ha definido criterios para el "discernimiento

de todas y cada una de las asociaciones de fieles laicos en la Iglesia"¹¹. Estos son:

—"el primado que se da a la vocación de cada cristiano a la santidad" como fruto de la gracia que produce "una unidad más íntima entre la vida práctica y la fe de sus miembros";

—"la responsabilidad de confesar la fe católica, acogiendo y proclamando la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, en la obediencia al Magisterio de la Iglesia";

—"el testimonio de una comunión firme y convencida en filial relación con el papa... y con el obispo", expresada en "la leal disponibilidad para acoger sus enseñanzas doctrinales y sus orientaciones pastorales";

—"un decidido ímpetu misionero que les lleve a ser, cada vez más, sujetos de una nueva evangelización" en conformidad con el "fin apostólico de la Iglesia" y como partícipes del mismo; y, por último,

—la "presencia en la sociedad humana" siendo "corrientes vivas de participación y de solidaridad, para crear unas condiciones más justas y fraternas en la sociedad".

La definición del papa Juan Pablo II sobre la necesidad de respetar y acoger la autoridad de los obispos es permanente. Creo que lo que escribí a los obispos de Nicaragua a propósito del surgimiento en su país de una "Iglesia popular" es perfectamente válido para los movimientos de Iglesia:

Conocéís la gran importancia de las cartas de San Ignacio de Antioquía, sea por la autoridad de quien las escribe —un discípulo del apóstol amado—, sea por la antigüedad que hace de ellas el testimonio de un momento vital en la historia de la Iglesia, sea por la riqueza de su contenido doctrinal. Pues bien, con términos muy fuertes Ignacio demuestra en estas cartas, ciertamente para responder a las primeras dificultades en este campo, que no hay ni puede haber comunión válida ni durable en la Iglesia sino en la unión de mente y corazón, de respeto y obediencia, de sentimiento y de acción con el obispo. Lo de las cuerdas de la lira es una imagen hermosa y sugestiva de una realidad más profunda: el obispo es como Jesucristo, hecho presente en medio de su Iglesia cual principio vivo y dinámico de unidad. Sin él esta unidad no existe o está falseada y, por tanto, es inconsistente y efímera. De ahí lo absurdo y peligroso que es imaginarse como al

¹¹ *Exhortación Apostólica Christifideles Laici*, 30.

lado –por no decir en contra– de la Iglesia construida en torno al obispo, otra Iglesia concebida como "carismática" y no institucional, "nueva" y no tradicional, alternativa¹².

II. El movimiento Apostólico Manquehue

Antes de hablar de los movimientos y los monasterios les pediré que me disculpen que hable del Movimiento Apostólico Manquehue porque no soy un experto en el tema de los movimientos en general sino que me he involucrado en este asunto porque me ha tocado iniciar este Movimiento y ser su responsable. Además, sucede que, como el Movimiento Apostólico Manquehue tiene sus orígenes en el ambiente monástico y usa la *Regla de San Benito* como fuente de guía espiritual, me parece que les servirá saber desde qué punto de vista y desde qué experiencia les hablo.

1. Orígenes

De nuevo les pido que me perdonen porque para contarles del origen del Movimiento tengo que adentrarme un poco en mi propia historia personal. Cuando hablo de mí lo hago pensando en las frases del arcángel San Rafael: *Benedicid a Dios y proclamad ante todos los vivientes los bienes que os ha concedido, para bendecir y cantar su Nombre. Manifestad a todos los hombres las acciones de Dios, dignas de honra, y no seáis remisos en confesarlo. Bueno es mantener oculto el secreto del rey y también es bueno proclamar y publicar las obras gloriosas de Dios*¹³. Y la obra más gloriosa de Dios en mí es que creo porque he visto que Dios se puede preocupar de un ser pobre y desorientado, puede hablarle, puede darle vida, puede darle sentido a su vida, puede abrazarlo en su amor, manifestarle su misterio, enmudecerlo, hacerle hablar y hacerle fundar. Dios es todo y el Evangelio es verdad. Espero que lo que pueda decir sirva de algo a todos ustedes.

¹² Carta a los Obispos de Nicaragua. L'Osservatore Romano del 8.8.82.

¹³ *Tob* 12.6-7.

Ante ustedes quiero decir que soy una persona que se encontró con Jesucristo Resucitado y que Él introdujo tal luz en mi vida que me cambió entero. Como dice San Benito, me hizo iniciar el retorno por el trabajo de la obediencia hacia Aquel de quien me había apartado¹⁴. Cuando digo Jesucristo Resucitado no estoy hablando de un mero hecho histórico, sino de la Palabra de Dios hecha carne, que habitó entre nosotros, que tomó sobre sí mi propia debilidad, mis propios pecados y defectos, que padeció por ellos y libremente los introdujo en el sepulcro dando muerte en Él mediante la Resurrección a todos mis males personales y los de la humanidad en general. Porque creo en un Dios que se revela y que da luz sobreabundante¹⁵ y que actúa hoy con más fuerza y poder en su Iglesia —porque Él mismo dijo que veríamos cosas aún mayores que las que Él hizo¹⁶—, es que ustedes me tienen aquí y hablando de movimientos que para mí no son otra cosa que manifestaciones del Espíritu de Jesús Resucitado, que son distintas en distintos tiempos y para diferentes personas. Yo no creo que lo que me ha pasado a mí sea diferente a lo que pasaba con los enfermos y atormentados cuando Jesús se paseaba por sus tierras y se fijaba en ellos. No me ha sucedido en una asamblea carismática mediante una espectacular efusión del Espíritu ni tampoco después de horas de meditación con alguna técnica de silencio. Me sucedió del modo más simple: en una celda de un monasterio. Un día nublado y con mucho viento, un monje me leyó la Palabra de Dios, introduciendo en mi vida una luz que la hizo girar en ciento ochenta grados. Un monje me entregó el libro del monje, la Biblia, y tal vez sin darse cuenta me introdujo en la lectio divina. Yo, que era una persona que se sentía dejada de la mano de Dios y angustiada de la vida, de pronto descubrí que había un Dios que me amaba y no en teoría sino que me hacía experimentar ese amor, y con el cual —cosa increíble— podía conversar.

Vengo de una familia tradicional y católica de Chile, mis padres se esmeraron en darme una buena educación. Al nacer, un accidente me dejó lisiado y desde siempre se fue gestando en mi interior el pequeño germen de la fe sobretodo por el testimonio de algunas personas como mi abuelita

¹⁴ RB Pról.2.

¹⁵ CIC 26.

¹⁶ Jn 14,12.

que, sin decir nada, paseaba con su rosario por los corredores del campo en Leyda, o como los padres capuchinos que llegaban cada año de misiones al mismo lugar. Hoy veo la importancia que tuvieron para mí esos testimonios simples.

A medida que crecí empecé a buscar la vida en las cosas del mundo. La Iglesia se me aparecía complicada en asuntos temporales y la historia me mostraba que grandes corrientes espirituales surgían al margen de la Iglesia y del Evangelio. Paradójicamente, al leer el Evangelio —que leía a pesar de todo y del que no entendía nada—, me parecía también que la Iglesia debía preocuparse precisamente de los que estaban peor. En la universidad —donde estudiaba Filosofía y Letras— se vivía, como en el resto de la sociedad chilena, una crisis política profunda que afectaba directamente las vidas de las personas. Todo ello, sumado a la afición por la poesía y la literatura clásica, al gusto por las experiencias fuertes y la vida disipada, me llevó a una crisis total. Perdí todo norte. Mi crisis existencial era absoluta.

Cuando hablo de crisis de existencia me refiero a ésta en el sentido más profundo: ¿Por qué existo? ¿Por qué he sido lanzado a esta vida? ¿Hacia dónde voy? ¿Qué sentido tiene el ser "alguien" en la vida? Descubrí la fragilidad humana: algunos no llegan ni a nacer, otros sufren toda la vida, y finalmente todos mueren. Me parecía que el actuar diario de las personas era algo mecánico, que nadie se preguntaba demasiado acerca de aquello en lo que estaba metido. Me imaginaba los años en cámara rápida y veía las personas nacer, correr un segundo en la vida para luego morir y desaparecer físicamente y también del recuerdo. Y a veces me daban envidia esas personas porque eran inconscientes de lo que yo veía y que me provocaba tanto sufrimiento. Busqué autores católicos que hablaban de experiencias orientales como el hinduismo o el budismo, pero encontraba en ello una posibilidad que me aterrizzaba: la no existencia de un Dios personal, cuya presencia ya no experimentaba como cuando niño pero cuya ausencia me sumía en el más profundo espanto. Quería encontrar una respuesta en la Iglesia y sufría por no poder verla. No podía evitar tampoco el temor a la muerte como algunos materialistas que creen que simplemente se acaban. En fin, me aferraba a una existencia que sabía frágil, cuyo deterioro era obvio e inevitable, pero de la que tampoco quería desprenderme por temor a lo desconocido. En la práctica terminé viviendo una

vida desordenada, como el *comamos y bebamos* de San Pablo, pero con la angustia de no poder creer definitivamente que *mañana moriremos*¹⁷.

En estas circunstancias, estando un día en la Biblioteca del Archivo Nacional, apareció —de hábito— un monje a quien conocía de lejos por una conversación en grupo sobre asuntos de historia. Podría haberme hecho el desconocido o haberlo saludado con una cortés inclinación de cabeza. Pero no fue así. Me levanté, fui donde él, lo saludé y le dije que quería conversar, pero no de historia. Me convidó a su monasterio. La verdad es que fueron tantas mis ansias que tuve que violentarme para dejar pasar un par de días antes de partir. Le conté mi historia y mi situación. Él dijo que pediría ayuda al Espíritu Santo, cosa que me aterró porque mi idea del Espíritu estaba muy deformada. Abrió su Biblia y empezó a decir que hay cosas que yo no podría cambiar sino que tendría que aceptar, que habían otras que no iba a comprender, pero que lo principal era que escuchara. Leyó en la *carta a los Hebreos*, en el libro de *Job*, en el *Apocalipsis* y en el *Evangelio de Juan*, y comencé a experimentar la existencia y el cuidado de Dios, su poder y su amor. El sentirme amado se constituyó para mí en lo más importante. El llamado de Dios me llegaba precisamente a mí no porque lo mereciera, sino porque mi condición era miserable como leía el monje en el libro del *Éxodo*: *hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia*¹⁸. Descubrí que tenía un tesoro y que Dios lo quería: mi tesoro era mi propia miseria.

Dejé la universidad, dejé mi Biblia toda subrayada por los estudios y tomé otra que me había regalado mi abuela, tomé también el rosario que tenía mi hermana desde su primera comunión, y con estas dos cosas y visitando el monasterio casi diariamente durante tres años comencé a conocer y a vivir, siendo liberado poco a poco como dice en la *Epístola a los Hebreos*: *...libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban sometidos a la esclavitud*¹⁹. La luz que entraba en mi vida me mostró lo que tanto esperaba pero que jamás imaginé que existiera en esta forma: Jesucristo. Esa experiencia me fue haciendo crecer —y lo sigue haciendo cada día— en la fe, en la esperanza y en el amor.

¹⁷ *1Co* 15,32.

¹⁸ *Ex* 33,19.

¹⁹ *Hb* 2,15.

Pasados estos años en que —dedicado a la oración— reanudé mi vida sacramental, volví un día de 1976 a mi Colegio para ofrecer ayuda en algo como historia, por ejemplo, pero no en religión. Me ofrecieron la preparación de la Confirmación de los alumnos de último año. Con el apoyo del monje, rehusé. Pero las cosas se dieron de diferente manera. Cuando volví a decir que no —camino a la oficina donde debía decirlo— el diácono encargado de pastoral pasó por una de las salas de clases y entrando me presentó a los jóvenes como el que los prepararía para su Confirmación. No tuve alternativa y así partió todo. Nuestro trabajo consistió en hacer lo mismo que aquel monje había hecho conmigo: tomar la Biblia y descubrir en ella una Palabra de Dios para cada historia personal. Al terminar la preparación, los jóvenes se confirmaron y algunos me dijeron: "Queremos seguir contigo". De ese primer grupo, salieron los fundadores de otros grupos y nació el Movimiento Apostólico Manquehue con la bendición del entonces arzobispo de Santiago, el cardenal Raúl Silva Henríquez.

2. *El Movimiento y la Iglesia*

Los primeros miembros del Movimiento pertenecían a una parte de la sociedad chilena que se sentía en permanente conflicto con el obispo de entonces porque en las familias —católicas todas— se lo tildaba de rojo y se lo criticaba abiertamente. A mí —un laico sin otra experiencia en la Iglesia que la que he contado, pero creyendo firmemente que Dios habla por los obispos— me tocó llevar a la primera comunidad a aceptar la verdad de que Dios habla por el pastor, quienquiera que éste sea. Me sentía frente a la Iglesia como frente a un misterio, porque es cierto que existe la historia de los hombres santos, de los mártires y de los que se entregaron plenamente, pero está también la otra historia, la de las equivocaciones, la de las tentaciones temporales, la de hombres débiles, de papas, obispos, sacerdotes y laicos seducidos por los vicios del mundo. Descubrí que no son dos historias, sino una sola, la de los hombres pecadores llamados a ser santificados por la acción del Espíritu Santo, y que Dios habla por los pastores de su Iglesia. Al iniciar, pues, el Movimiento me encontré creyendo profundamente en lo que dice el Evangelio: *Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me*

*rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado*²⁰. Lo comprendí —como lo hace la tradición de la Iglesia— referido a los obispos.

Desde el primer momento, cuando pedí una entrevista con el cardenal arzobispo de Santiago, hemos desarrollado un carisma fuerte de comunión con el pastor diocesano y, cuando el Movimiento se comenzó a extender a Inglaterra, me entrevisté personalmente con el cardenal primado Basil Hume. Con ayuda y consejo de la Abadía de Ampleforth en Inglaterra —relación sobre la que volveré más adelante—, llegamos también a Roma donde el cardenal Pironio, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, alabó nuestros trabajos y nos instó a crecer, desde Chile e Inglaterra, en otras Iglesias particulares. El cardenal Silva nos dio como lema en nuestro actuar en la Iglesia lo de "unidad en lo fundamental, diversidad en lo accidental y en todo caridad" y a eso hemos procurado atenemos siempre, resultando ser una gran ayuda para buscar la plena comunión eclesial.

3. *El Movimiento y la Regla de San Benito*

En el año 80 dos acontecimientos comenzaron a impulsar al Movimiento por un camino decididamente benedictino. Ese año contraí matrimonio. Con mi señora, Luz Cosmelli Pereira, —que pertenece a las comunidades neocatecumentales de Kiko Argüello— vivimos una profunda comunión en el deseo de abrimos a la Palabra de Dios, entregarnos a su Voluntad y transmitir la experiencia de Cristo a nuestros cinco niños. Ella misma fue la primera que, en medio de mi búsqueda, comenzó a aconsejarme tomar la *Santa Regla* como guía para lo que iba naciendo. Por otro lado, surgió la necesidad de crear un Colegio que diera curso a la vocación educativa de algunos miembros y que formara niños en el espíritu que se iba delineando. El mismo monje de siempre me sugirió ponerme en contacto con monasterios que tuvieran colegios y como hacía un par de años había estado en Chile el Prior de San Anselmo, padre Dominic Milroy OSB, entonces rector del Colegio de la Abadía de Ampleforth en York, Inglaterra, recurrí a él buscando ideas. Le escribí y me dijo que lo visitara. En 1981, visité Ampleforth por primera vez y desde entonces lo he hecho sin interrupción cada año. Al llegar tuve una primera sensación

²⁰ Lc 10,16.

inmediata de que lo escolar no me importaba tanto como la atmósfera que existía tanto en el colegio como en el monasterio. Descubrí que los monjes tenían además varias parroquias a su cargo y tuve una intuición de que había algo más grande que el asunto educacional que me había llevado a Europa. El Señor me mostraba en esta visita que un monasterio es como la Iglesia en pequeño, donde había un abad, distintas personas a cargo de las cosas, donde habían fieles y parroquianos que eran los niños en sus casas, donde se acogía a los huéspedes, donde se transmitía de persona a persona una tradición viva, donde había muertos que tenían su historia y que estaban presentes en la comunidad. Esta tradición era diferente a la de Las Condes y luego descubriría que cada monasterio tiene la suya. La comunidad había conocido el exilio, había sido perseguida en Francia, en fin, era rica en experiencia de Dios y en experiencias humanas. Sentí que, en los inicios del Movimiento, este viaje fue como salirme del tiempo para entrar y conocer lo que debía hacer, como intuir la tierra prometida estando aún en el desierto. Además, así como en el monasterio de Las Condes se me había dado la Palabra de Dios, en Ampleforth se me empezó a mostrar la *Regla de S. Benito*, que daría un cauce global al Movimiento Manquehue.

Esta visita a Ampleforth fue el inicio de un profundo intercambio espiritual a través de numerosas visitas de monjes, miembros del Movimiento y alumnos de los colegios, que influyó notablemente en el desarrollo del Movimiento en Chile. Además, ex-alumnos de Ampleforth —luego de visitar por un tiempo lo que nosotros estábamos haciendo— empezaron a fundar las primeras comunidades de meditación de la Palabra de Dios del Movimiento Manquehue en las distintas universidades inglesas donde les tocaba estudiar. El año 87 la relación tomó un carácter oficial cuando el Padre Abad Patrick Barry, OSB otorgó el estatuto de oblatos de la Abadía a los miembros del Movimiento, con la característica especial de ser una afiliación corporativa, es decir, no de cada persona individualmente sino a través del Movimiento. En 1993, el desarrollo de la relación llevó a que —durante la visita del Padre Abad a Santiago— se viera la necesidad de replantearla en términos que la expresaran con más verdad porque en palabras del propio Padre Abad había "llegado a ser clarísimo que en el seguimiento de estos ideales benedictinos (el Opus Dei, la lectio divina, la meditación, la comunidad, el amor fraterno y el no anteponer nada al amor de Cristo), el

beneficio ha sido mutuo"²¹. Desde entonces la Abadía y el Movimiento son *Confraters*, término que quiere expresar la cercanía de ambas instituciones sin afectar sus independencias formales.

La *Regla de S. Benito* ha pasado a ser para el Movimiento una fuente de guía espiritual a la que se recurre constantemente en todo tipo de situaciones. Más adelante se podrán dar cuenta con más detalle cómo sucede esto.

4. Situación actual del Movimiento Apostólico Manquehue

Hoy día en el Movimiento participan cerca de 500 personas en Chile y 80 en Inglaterra. Todos los miembros se distribuyen en más de 60 comunidades que se reúnen semanalmente para la meditación de la Palabra de Dios y que se organizan y se ordenan según la *Regla de S. Benito*. Entre esas personas hay algunos que han tomado un compromiso de por vida, tanto casados como célibes. Se han fundado dos Colegios, uno en un sector acomodado de Santiago y otro en uno de los lugares más pobres de la ciudad, y hay un tercero listo para partir en marzo del año que viene. Existen dos casas de hombres célibes que viven en comunidad, y una hospedería de mujeres que es una primera aproximación a algo similar para ellas. Grupos de apostolado se preocupan de visitar cárceles, llevar la comunión a los enfermos, ayudar en situaciones de catástrofes, participar en las distintas actividades e iniciativas de la Iglesia local, salir de misiones casa por casa, tanto en el propio barrio como en otros lugares del país, etc. Todas estas instituciones y actividades toman de la *Regla de S. Benito* su forma de funcionar. Así, el Oficio Divino se canta en los Colegios, en las casas y en los grupos de apostolado, además de presidir —aunque sea recitado— cualquier reunión de trabajo y rezarse siempre en familia o en privado cuando no es posible hacerlo en el coro o con la comunidad; y la lectio divina —la lectura orante de la Sagrada Escritura que nos pone en presencia suya y que se aprende en las comunidades— se practica constantemente en forma individual o comunitaria.

²¹ El documento que se cita fue confirmado oficialmente por el Consejo de la Abadía en Carta del 8 de agosto de 1993.

III. Monasterios y Movimientos

La primera comunidad cristiana reunida en Jerusalén desarrolló —a partir de la fe y la experiencia de la realidad y el poder de Jesucristo Resucitado— una forma de vida diferente a la que sus miembros habían llevado hasta entonces. La comunidad creyó en Dios, no sólo como puede creer cualquier persona, sino de tal modo que los cristianos llegaron a tener un solo corazón y una sola alma y a poseer todo en común, daban testimonio con gran poder de la resurrección de Jesús y eran asiduos en reunirse para escuchar las enseñanzas de los apóstoles, para la oración y para la fracción del pan²². Los que participaban en esta comunidad eran todos los bautizados, solteros o casados, hombres y mujeres, ancianos y niños, y el motivo que los reunía era la radicalidad con que necesitaban vivir el Evangelio porque para ellos esta radicalidad era inseparable del propio bautismo. Con la expansión del cristianismo esta primera comunidad parece haber quedado reducida a un recuerdo ideal, a una aspiración imposible de realizar en tiempos posteriores cuando el hecho de la resurrección es ya históricamente lejano. Sin embargo, el monasterio ha sido y es en el medio del mundo cristiano un testimonio de que esa radicalidad de los primeros tiempos no es meramente un recuerdo. Los monjes creen en la resurrección de Jesús, en el hecho de que está vivo y de que tiene poder para intervenir en la historia de los hombres, de tal manera que —como la primitiva comunidad de Jerusalén— llegan a vivir de un modo distinto, poniendo todo en común y dando a la reunión para la oración y la eucaristía un lugar central en la vida. El monasterio es pues —a mi modo de ver— un testimonio de que el tipo de vida de la primera comunidad cristiana no ha dejado de ser algo posible, de que el poder de Cristo resucitado no se ha debilitado con los siglos, y de que una sociedad distinta —fruto de tomar por gufa el Evangelio²³— no es una utopía sino algo que está ahí, ante nuestros ojos, en el monasterio.

Es importante tener en cuenta en qué mundo el monasterio es hoy testigo de todo esto. En un siglo marcado por visiones materialistas, en un momento con acento en el socialismo y en otro —después del fracaso del

²² Hch 2,42-45. 4,32-33.

²³ RB Pról. 21.

anterior— con un triunfalismo capitalista de tal magnitud que pareciera no haber alternativas que lo superen. El 'capitalismo' no es solamente un sistema económico sino un tipo de sociedad caracterizada por un principio que alguien propuso a modo de parodia como: "Buscad en primer lugar el éxito económico y lo demás se os dará por añadidura"²⁴. No es un mundo que directamente reniegue de todo lo que no sea económico, de hecho no lo hace, sino que recluye todos los ideales —políticos, estéticos, culturales o religiosos— a un plano como de subrealidad, a un espacio que no tiene solidez porque, frente a la contundencia de los hechos y las cifras económicas, todo "lo demás" parece sentimentalismo falto de consistencia y de valor real. El mundo de hoy no lucha contra los ideales sino que los tolera mientras no entorpezcan su camino, porque no cree que haya un Dios: el dios es el propio mundo que simula tener la capacidad de satisfacer las necesidades del hombre, al mismo tiempo que manipula sus ideales mediante las nuevas técnicas de comunicación de masas y la publicidad eliminando los espacios para que las personas se formulen inquietudes.

La posición del monasterio frente al desarrollo tecnológico o económico no es una posición de lucha. De hecho, toda la Iglesia vive en este mundo y todos sabemos que para estar aquí reunidos el uso del fax ha sido muy importante. Sin embargo, hay un mundo de diferencia entre usar estos adelantos y medir el progreso de una comunidad o de un país por la cantidad de ellos que es capaz de tener a su disposición. En medio de este mundo, el monasterio es testigo de una realidad en la que —de diferentes maneras de acuerdo a su estado— están llamados a vivir todos los bautizados.

1. Comunión en la vocación y en las contradicciones

Para entender lo que quiero decir hay que volver atrás un poco y revisar un asunto básico de la vida cristiana que es la vocación. Hasta hace poco tiempo la palabra "vocación" se usaba exclusivamente respecto a la vida sacerdotal o religiosa. Producto de ello, el papel de los laicos quedaba reducido a conseguir la salvación mediante el cumplimiento de ciertos deberes de estado y de las normas morales que a ellos competen. No se

²⁴ Patricio Astorquiza Fabry. *Capitalismo e Iglesia*, Editorial Gestión, 1993. pág. 211.

pensaba que los laicos recibieran un llamado de Dios —como saben los monjes que es su caso— a participar en plenitud del misterio pascual de Cristo. En las escuelas, en las familias y en las parroquias ya no se sabía cómo enseñar esto y —para gran parte del mundo— la vida cristiana se había transformado en una lata, en una cuestión arcaica, porque se iban dejando de ella sólo las consecuencias morales y las prácticas religiosas, olvidándose el acontecimiento central del que derivan todas ellas que es el encuentro personal de los hombres y las mujeres con Cristo. Cuando este encuentro se produce, la vida de las personas gira en torno a Cristo, todas sus decisiones —desde las más triviales hasta la carrera que se estudia o la decisión de casarse o permanecer célibe— dependen de esa Palabra que se recibe, de esa vocación. Por eso es que los miembros de los movimientos pueden vislumbrar en el monasterio una experiencia que ellos también han tenido. El Concilio Vaticano II inició una inquietud sobre este asunto y quizá es producto de ello que hoy día se hable tanto del protagonismo laical y del rol del laico, incluso en un encuentro monástico como éste. El monasterio, como dije, es un testigo de que el ejemplo de la primera comunidad cristiana sigue vigente, pero esto no significa que para el resto de los cristianos este ejemplo deba adaptarse mediante transformaciones que, si no minimizan, al menos mediocrizan las aspiraciones. Todos los bautizados están llamados a vivir de la fe, a tener a Cristo como el centro de toda su existencia y de cada uno de sus actos, todos los bautizados —monjes, sacerdotes y laicos— están llamados a recibir la salvación que se da en el participar en plenitud del misterio pascual de Cristo pues en ello consiste la verdadera y completa felicidad.

Ahora bien, como fruto de esta vocación que es común a toda la Iglesia, tanto los monasterios como los movimientos deben estar presentes en el mundo como la levadura en la masa²⁵. Al compartir la vocación, comparten también el ser signos de contradicción en medio del mundo. Porque les sucede que, cada uno a su manera, están apartados de la sociedad secular y son testigos de una serie de valores alternativos a los que ésta propone y, al mismo tiempo, viven en medio de esta sociedad participando de sus valores y tendencias e intentando darles profundidad.

²⁵ Lc 13,20-21.

Tenemos, por ejemplo, el hecho de saber que Dios es Dios. Mientras el mundo invita a afirmar lo más posible la confianza en uno mismo, la independencia de las propias ideas y la consecución de la metas que uno mismo ha decidido, los monjes y los movimientos descubren que son criaturas de un Dios que es Todopoderoso y que habla a los hombres y las mujeres pidiéndoles un "sí" que lo ponga a Él en el centro de todo, invitándolos a poner su corazón, el eje de su vida, en Él. Para ello hay que ser humilde porque significa aceptar la radical necesidad de Dios, su absoluta superioridad, su poder, su amor completamente desinteresado porque no necesita para nada de nadie. Por ello, mientras el mundo enseña a no rendirse ante nadie ni reconocer la superioridad de otros, los monjes y los movimientos aprenden a alabar. Porque saben de la acción de Dios, saben que están a merced de su gracia y de su elección, porque no pueden merecer nada por sí mismos. Por ello también aprenden a adorar, a ponerse en la presencia de Dios y a permanecer allí silenciosos, comunicándose con Él sin palabras porque en ese diálogo Dios y el hombre se expresan con su sola presencia: Dios se da y llena al hombre, y el hombre se da y queda lleno.

La complejidad del pensamiento y de las actividades humanas —políticas, económicas y sociales— enlazadas por los medios modernos de comunicación han dado por resultado un bombardeo permanente de ideas e información, una cacofonía de palabras e imágenes en la que no existe comunicación real entre las personas. Movimientos y monasterios deben penetrar en este ruido para hacer oír el mensaje del Evangelio y para ello ocupan los medios modernos pero intentando trascenderlos. Ellos saben que en medio del torbellino, como el punto que permanece quieto en el medio de la danza²⁶, está la Palabra de Dios a la que monjes y movimientos tratan de prestar atención buscando para ello el silencio. No necesariamente el silencio físico, que muchas veces es imposible de conseguir incluso en los monasterios, sino el silencio del que inclina el oído del corazón. Esta Palabra de Dios es la fuente de la verdadera comunicación de los hombres entre ellos y con Dios, y desde esta Palabra —viva y permanente²⁷— todo se renueva constantemente, se revitaliza y se ilumina.

²⁶ T.S. Eliot. Burnet Norton, *Four Quartets*.

²⁷ *1 Pe* 1,23.

ECUAM

Ediciones Cuadernos Monásticos

Catálogo

de muestras publicaciones

LA SANTA REGLA

SAN BENITO

LA REGLA DE LOS MONJES

Edición bilingüe. Texto crítico de

A. de Vogüé - J. Neufville.

Traducción P. Saenz.

1990. 212 pp. U\$S 13.-

PEDRO ALURRALDE

TOMANDO POR GUÍA

EL EVANGELIO

(Releyendo la Regla de San Benito)

Presentación del Cardenal

Eduardo Pironio.

2º ed. 1991. 254 pp. U\$S 8.-

COLECCIÓN NEPSIS

SULPICIO SEVERO

VIDA DE SAN MARTÍN DE TOURS

Introducción E. Contreras.

Traducción P. Saenz. 1990

xxxvi, 40 pp. U\$S 5.-

SAN DOROTEO DE GAZA

CONFERENCIAS

Introducción y Traducción F. Rivas.

VIDA DE DOSITEO

Introducción y Traducción M. de
Elizalde.

1990. xxvi, 148 pp. U\$S 7.-

SAN MÁXIMO EL CONFESOR

CENTURIAS SOBRE LA CARIDAD

Introducción A. Costa.

Traducción P. Saenz.

1990. xxvi, 94 pp. U\$S 5.-

COLECCIÓN NEPSIS

REGLA DE SAN BASILIO

Traducción B. Bianchi di Carcano y
M. E. Suárez.

Notas M. Alexander y E. Contreras.
1993, xxii, 142 pp.

U\$S 15.-

JUAN CASIANO

INSTITUCIONES CENOBÍTICAS LIBROS I-IV

Introducción y notas E. Contreras.
Traducción M. Matthei y Monjas del
Monasterio Sta. María Madre de la
Iglesia.

U\$S 18.-

ESPIRITUALIDAD

ALBERTO E. JUSTO OP

EL DESIERTO ES LA CIUDAD (Meditaciones)

Consideraciones hechas en voz alta
acerca de lo que no podemos ver.

1992. 118 pp. U\$S 7.50.-

JEAN GUILMARD

LOS OBLATOS SEGLARES EN LA FAMILIA BENEDICTINA

1992. 112 pp. U\$S 6.-

HISTORIA

E. CONTRERAS – R. PEÑA

EL CONTEXTO HISTÓRICO ECLESIAL DE LOS PADRES LATINOS SIGLO IV-V

1993. 264 pp. U\$S 15.-

M. MATTHEI – E. CONTRERAS

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA Y ESPIRITUALIDAD MONÁSTICA BENEDICTINA Y CISTERCIENSE

1. Monacato Primitivo

(en preparación)

OBRAS DE SAN PACOMIO Y SUS DISCÍPULOS

(en preparación)

SURCO

Conferencia de Comunidades
Monásticas del Cono Sur.

Guía de las Comunidades.

1990. 68 pp., ill. U\$S 2.50.-

PEDIDOS:

CUADERNOS MONÁSTICOS

Abadía Santa Escolástica

M. Rodríguez 547

(1644) VICTORIA (B)

Es cosa de tomar una pequeña muestra de la publicidad de estos tiempos para darse cuenta de que el mundo anda ofreciendo felicidad en las más variadas cosas, como si hubiera encontrado el secreto para comprimir en tal o cual producto la plenitud que buscan todos los hombres. El monje —como todo hombre— busca la felicidad. Frente a la pregunta: *¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?*²⁸, el monje responde *Yo* y, a partir de esa respuesta, siguen las indicaciones que le da nuestro padre S. Benito porque le cree cuando dice que la felicidad está en el ensanchamiento del corazón y en correr con inefable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios²⁹, aun cuando alguna vez este camino deba cruzar por situaciones un tanto ásperas, un tanto más severas³⁰. Asimismo, en los movimientos se encuentran personas —entre las que no faltan los que han gozado en el mundo de todos los éxitos y han tenido a su disposición todos los recursos— que han descubierto que no terminan de llenarse ni con los bienes ni con las sensaciones que les ofrece el mundo. Todos descubren que, por el solo hecho de ser humanos, llevan en sí mismos un vacío de amor que necesitan llenar hasta el tope y que el único capaz de hacerlo es Dios. Dios es el amor, Dios es la plenitud, Dios es la felicidad, Dios es todo lo que el hombre busca. El fin de la vida del cristiano —monje o laico—, su felicidad, es la plena participación en el misterio pascual de Cristo, participar plenamente de los sufrimientos de Cristo con la paciencia, para merecer compartir también su reino³¹. Este misterio pascual se realiza definitivamente en el momento de la muerte, pero se va realizando continuamente en la vida del cristiano que es un permanente morir y un permanente resucitar, todo por el poder de Dios. Porque vive, como todos los hombres, en medio de tribulaciones, sufrimientos, pecados y contradicciones, y, sin embargo, en medio de ellas puede decir como S. Pablo:

Damos gracias sin cesar a Dios³².

²⁸ RB Pról. 15.

²⁹ RB Pról. 49.

³⁰ RB Pról. 47.

³¹ RB Pról. 50.

³² Col 1,3.

¿Quién nos separará del amor de Cristo?... En todo esto salimos vencedores gracias a Aquel que nos amó³³.

Porque habéis muerto y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios³⁴.

Con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor³⁵.

La sociedad actual tiende a transformar las relaciones entre los hombres en relaciones de pura utilidad, donde no existe un darse sino un estar juntos por el beneficio de cada uno o del propio grupo. Esto puede suceder —más o menos sutilmente dependiendo del caso— en cualquier tipo de relación. El caso del amor de pareja sirve para ejemplificar lo que de alguna manera puede darse en cualquier otro. En las relaciones entre el hombre y la mujer, muchas veces se prescinde de la comunicación y la amistad poniéndose el sexo en un lugar central que lo hace imprescindible. Los monjes y la gente de los movimientos descubren que el único amor es Dios, que se nos ha mostrado en Jesucristo, y que se manifiesta de distintas maneras en las diferentes relaciones que se dan entre los hombres: de esposos, de padres e hijos, de compañeros de trabajo, de maestro y discípulo, etc. Esto no significa para nada que el amor de los cristianos sea algo desencarnado y separado de su condición humana, del hecho de ser espíritu, alma y cuerpo³⁶. El cristiano —célibe o casado— ama siempre desde su condición de hombre o de mujer, es decir también desde su sexualidad, pero sin confundir el sexo y el amor; el celibato y la castidad conyugal en el matrimonio no son una negación al amor sino, por el contrario, un ponerse plenamente —por amor— a disposición de los demás, a imagen de Cristo. Todas las relaciones del monje y del laico debieran centrarse en la verdadera búsqueda de Dios³⁷ y así ser también relaciones de amistad verdadera, en el sentido de que *nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos*³⁸. Por otro lado, el cristiano aprende a amar al descubrirse amado por Dios, y por ello abraza en su amor a los que humanamente lo merecen

³³ Rm 8, 35.37.

³⁴ Col 3,3.

³⁵ 2 Co 3,18.

³⁶ 1Te 5,23.

³⁷ RB 58,7.

³⁸ Jn 15,13.

y a los que no, a los que le atraen y a los que no, a los útiles y a los inútiles, a los justos y a los pecadores, porque descubre en cada persona la fundamental e inmutable dignidad de ser creatura amada por Dios. *Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado*³⁹, dice Jesús, y porque conoce cómo ha sido amado por Dios es que el cristiano puede amar a los demás de la misma manera.

2. La Regla y la Tradición de San Benito para los Laicos

La experiencia del Movimiento Manquehue me ha hecho descubrir en la vida monástica y en la *Regla de S. Benito* una fuente de vida y una riqueza de enorme utilidad para los movimientos y los laicos en general. Creo que las palabras que ellos esperan de los monasterios son:

No están en el cielo, para que hayas de decir: ¿Quién subirá por nosotros al cielo a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica? Ni están al otro lado del mar, para que hayas de decir: ¿Quién irá por nosotros al otro lado del mar a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica? Sino que la palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica⁴⁰.

Lo que los laicos esperan de los monasterios no es otra cosa que las palabras que han resonado por siglos en los claustros, transmitidas de maestro a discípulo, y que no son fruto de brillantes elucubraciones sino de la simple experiencia de la vida en el monasterio bajo la Regla de nuestro padre S. Benito.

En primer lugar, creo que en la tradición de los distintos monasterios que se rigen según la Regla de S. Benito se han conservado con especial pureza tres elementos centrales de la vida de la Iglesia. Los tres —la Palabra de Dios, la liturgia y la comunidad— son necesarios para cualquier grupo de Iglesia y los monasterios pueden ser para ellos, por lo tanto, una fuente de inspiración para su vida de fe.

En la tradición de S. Benito se guarda el tesoro de la lectio divina que para mí, personalmente, ha resultado de tremenda importancia. La lectio divina, entendida como el encontrarse con Dios en su Palabra y no como

³⁹ Jn 12,13.

⁴⁰ Dt 30,12-14.

un estudio intelectual de las Sagradas Escrituras, presenta hoy para el mundo y para los movimientos un regalo inapreciable. En los monasterios existe este aproximarse a la Palabra de Dios en la más pura tradición católica para descubrir en ella al Dios que habla, que se entrega, que se revela; que en su infinita bondad nos muestra el camino de la vida⁴¹. Los monjes saben, como lo sabía el Pueblo de Israel que se postraba ante Yahve rostro en tierra frente al libro de la Ley⁴², que en la Biblia está Dios. Para todos los hombres y los movimientos que buscan a Dios, los monjes tienen en su tradición un camino verdadero para encontrarse con Él. Cuando un laico llega al monasterio en busca de consejo debe encontrar no sólo una dirección y ciertas instrucciones, sino también la enseñanza sobre cómo escuchar a Dios cuando lee su Palabra. Si el monje, más que consejos sobre asuntos puntuales, enseña al hombre a poner la Palabra de Dios en medio de su vida, le estará dando un elemento para su relación y su búsqueda de Dios que es mucho más grande que cualquier otra cosa.

En cuanto a la liturgia creo que los monasterios tienen mucho que enseñar sobre el sentido de la celebración de los misterios de la fe. Vivir los tiempos litúrgicos en profundidad de la manera en que nos lo va revelando la Iglesia —por ejemplo— no es necesario sólo para los monjes sino para cualquier persona o movimiento. Estos grupos necesitan desarrollar liturgias propias que renueven en ellos la vida de la Iglesia, el misterio de los sacramentos —especialmente el de la eucaristía—, de las distintas fiestas que se suceden a lo largo del año y de las fiestas propias que cada movimiento tiene. Es cierto que en los monasterios la liturgia y el canto tienen formas propias y creo que muchas veces esas formas particulares pueden ser un gran aporte para algunos grupos, como ha sido el caso del Movimiento Manquehue, pero —más allá de los signos puntuales que también son distintos entre una casa y otra— creo que el tesoro central de los monasterios está en el sentido de que es necesario celebrar los misterios de la fe.

Por último, respecto a la comunidad, sabemos que Jesús dijo: *En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros*⁴³. Los monjes tienen siglos de experiencia en este punto y es tan

⁴¹ RB Pról. 20 y 58,8.

⁴² Neh 8,6.

⁴³ Jn 13,35.

claro lo importante que puede ser esto para los movimientos que el papa Juan Pablo II comentó el capítulo 72 de la Santa Regla sobre el buen celo como "la página a la que debería mirar, como a un estímulo ideal, no sólo la familia cristiana, sino a la que puede tender últimamente también la comunidad civil, para sacar de ella inspiración en el planteamiento de las propias relaciones de convivencia"⁴⁴.

En segundo lugar, creo que la Regla de S. Benito ofrece un camino real para cualquiera que quiera buscar a Dios. El propio S. Benito invoca a su interlocutor diciendo *quienquiera que seas*⁴⁵, y yo sé también por experiencia que la Regla es camino para los laicos. Quiero proponer a continuación algunos ejemplos de cómo sucede esto, con la seguridad de que ustedes podrán descubrir muchísimos más a partir de sus propias vidas.

S. Benito le pide a los monjes que hagan de la oración, de la oración en común, el marco en el cual se desarrollan todas las demás actividades. La oración no es para el monje "una técnica para obtener favores de Dios" sino la plegaria que "emana del amor a Dios, es una alabanza al Creador, es la expresión del hombre como criatura vuelta hacia Dios"⁴⁶ y, por ello, el acontecimiento central de su día⁴⁷. Cuando un laico se acerca al monasterio con inquietudes acerca de la oración lo que necesita es recibir una palabra que lo lleve a eso mismo. Que no lo deje simplemente admirado y lleno de aprobación hacia la vida de oración del grupo de hombres que visitó, que no se mantenga como mero observador de la liturgia, sino que lo lleve a descubrir que él también está llamado a vivir cada día con la oración en el centro, que también debe buscar ocasiones regulares para reunirse con su señora y sus niños para que —juntos— se pongan en la presencia de Dios para alabarlo, para darle gracias y para pedirle.

S. Benito es reacio para dejar que sus monjes salgan del monasterio y se resiste a que los que han salido comenten en el claustro lo que han visto

⁴⁴ Juan Pablo II. Homilía en Subiaco, L'Osservatore Romano, 5 de Octubre de 1980.

⁴⁵ RB Pról. 3.

⁴⁶ Entrevista al Padre Abad de Ampleforth, Patrick Barry OSB, en el diario El Mercurio. Santiago de Chile, 28 de noviembre de 1993.

⁴⁷ RB 43, 3.

fuera⁴⁸. Pero, ¿qué puede tener esto que ver con un hombre o una mujer que vive en el mundo? Mucho, porque también existe para las personas en el mundo una especie de claustro, un cierto espacio propio de sus movimientos, del cual salirse —no necesariamente para hacer algo malo en sí— dispersa y saca al hombre de su ritmo normal. Hoy día éste es un problema habitual. En el mundo el claustro es el lugar del que siempre hay que tratar de salir porque se cree que la rutina y el trabajo son un mal necesario y que la felicidad se encuentra fuera de eso. El mundo se ha especializado en ofrecer alternativas, siempre más numerosas y más variadas, y en convencer a los hombres de que deben experimentarlas todas. El claustro y las medidas de "aislamiento" que en él pone S. Benito impiden que uno viva de ilusiones y fantasías y permite asumir la propia cruz para que Cristo la transforme en cruz gloriosa. Como al monje a veces le cuesta permanecer en su monasterio, con su abad y su comunidad, así también un padre de familia que sale del trabajo, o una madre o un hijo, siente a veces que no quisiera volver a casa, a la realidad de cada día. Pero para monjes y laicos la felicidad se encuentra —con cruz, es cierto— en la realidad y no en las situaciones en que uno logra olvidarla.

Lo que los monjes deben ofrecer a los laicos y a los movimientos de Iglesia es la palabra antigua y probada de la Regla y el testimonio de que el fiel seguimiento de ella es camino para el encuentro con Cristo y para la realización de las aspiraciones que este encuentro pone en los hombres. Así el reconciliarse antes de la puesta del sol⁴⁹ no es sólo necesario para la vida de la comunidad monástica sino también para los matrimonios, los amigos y los compañeros de estudio o trabajo. Las indicaciones acerca del cuidado de las cosas⁵⁰, el modo de vestir⁵¹ y la medida de la comida y la bebida⁵² —por ejemplo— son ayuda para la vida espiritual de cualquier persona, monje o laico. La visión que S. Benito tiene de la propiedad privada⁵³, que parece una aberración en estos tiempos, es una norma aplicable en cualquier familia cuando la propiedad suele traducirse en espacios

⁴⁸ RB 41,1 y 62,5.

⁴⁹ RB 4, 73.

⁵⁰ RB 21, 10 y 32.

⁵¹ RB 55.

⁵² RB 39 y 40.

⁵³ RB 33.

en que los distintos miembros de ella pueden faltar a la vida comunitaria y al amor fraterno sin darse ni cuenta. El mayordomo del monasterio sabe que *una buena palabra vale más que el mejor regalo*⁵⁴, y lo mismo puede ser de gran ayuda para un padre de familia, porque a los padres de hoy se los convence de que el bien de sus hijos está en llenarlos de cosas y de que faltan a su deber si no lo hacen. Los novicios de los monasterios descubren —con todas sus dificultades— que la obediencia es un camino de libertad y los jóvenes de los movimientos —a los que el mundo les enseña a crearse espacios en los que no deben aceptar ni consejos ni opiniones— están llamados a descubrir lo mismo. Creo que si S. Benito insiste en que cada actividad se haga a su tiempo⁵⁵ y que cada cosa se guarde en su lugar, no es porque fuera un maniático del orden sino porque sabe que existe algo que hace que ese orden coopere con el crecimiento de las personas de la comunidad, y creo también que si eso es así en el monasterio también lo es en cualquier situación en que los hombres vivan o trabajen juntos; el solo hecho de que las familias se juntaran al menos una vez al día para alguna hora de comida ya sería una ayuda para hacer comunidad.

Tomemos, por ejemplo, un capítulo que aparentemente no tiene nada que ver con el mundo de los laicos y de los movimientos. Cuando habla del lector de la semana⁵⁶, S. Benito manda guardar absoluto silencio y que los hermanos se sirvan *mutuamente todo lo que necesiten para comer y beber; así ninguno tendrá necesidad de pedir cosa alguna*. Frente a nuestra tendencia de acercar a uno mismo todo lo que queremos y podemos, S. Benito nos manda —como en el Prólogo⁵⁷— escuchar: escuchar las necesidades de los demás, escuchar lo que necesita mi señora, lo que necesita mi padre, mi madre o mi amigo, dejar de pensar en mí y en lo que yo necesito para descubrir qué hay en mí que los otros puedan necesitar. En la Regla este es un versículo mínimo que puede pasarnos desapercibido pero que podría cambiar la vida de muchísimas personas, porque estar atento a las necesidades de los demás olvidándose de las propias no es otra cosa que dar la vida por los otros para participar así en el misterio pascual de

⁵⁴ RB 31, 14.

⁵⁵ RB 31, 18-19.

⁵⁶ RB 38.

⁵⁷ RB Pról. 1.

Cristo. Si la sal está cerca mfo, a lo mejor la necesita el que está más allá y se la paso sin que tenga ni que pedirla, sea yo monje o laico.

Hay un punto en la Regla que podría ser muy importante para los movimientos. Me refiero a las indicaciones de S. Benito sobre el modo de admitir a los hermanos⁵⁸. En el Movimiento alguien dijo una vez a modo de broma que seguramente S. Benito dijo todo eso porque estaba lleno de vocaciones. Es que los Movimientos, sobre todo cuando son muy jóvenes, se deslumbran fácilmente con el crecimiento del número de sus miembros, y las ansias de compartir la experiencia que para uno ha resultado tan vital ciegan a veces la capacidad de discernir si los espíritus "son de Dios". S. Benito nos manda probar al que se acerca al monasterio o al Movimiento, por el propio bien y por el bien de la persona. El egoísmo de atraer al que se ama mediante la complacencia, olvidando su propio bien, es un peligro permanente para los Movimientos y para los padres y madres de familia. Al mismo tiempo, creo que el probar la vocación no es un asunto pertinente sólo para las vocaciones monásticas o sacerdotales. Hoy en día, cuando una niña entra de carmelita o un joven se consagra en celibato, todo el mundo le repite cien veces que lo piense y se asegure de que es lo que quiere, que pruebe. Cuando esos mismos jóvenes deciden casarse, rara vez se encuentra en ellos la conciencia de que el matrimonio es también un llamado de Dios y que es fundamental preguntarse si es su voluntad. De más está decir que tampoco encuentran quién les aconseje cuestionar su decisión. El enamoramiento que muchas veces lleva al matrimonio es para la pareja lo que para el monje es el *fervor novato de la vida monástica*⁵⁹.

El ver *si de veras busca a Dios*⁶⁰ que S. Benito pide respecto a los novicios es también una palabra importante, especialmente para los jóvenes. A los jóvenes de hoy se los invita a hacer proyectos de vida, a planear su existencia de una determinada manera y a vivir de modo que consigan tal o cual meta o situación. Muchas veces esos planes no parecen malos, incluso suelen ser idealistas, pero detrás de ellos hay un engaño porque se les está prometiendo que en esa meta o situación encontrarán la plenitud y la realización de sus vidas. S. Benito nos invita a mirar que los jóvenes

⁵⁸ RB 58.

⁵⁹ RB 1, 3.

⁶⁰ RB 58, 7.

busquen realmente a Dios, que en sus vidas el fin de todo sea el conocer la voluntad de Dios y llevarla a cabo porque Dios ha depositado dones en cada hombre para que cada hombre lo glorifique⁶¹. Así, S. Benito nos enseña que el hombre no debe decidir su proyecto de vida sino descubrirlo, porque es Dios quien se lo regala. Por otro lado, los proyectos del mundo también son engañosos porque ocultan la realidad de lo eterno y consideran sólo la parte de la existencia del hombre que transcurre aquí en la tierra. El mundo entero hoy día aparta la cara de la muerte, la maquilla, la disimula, procura no recordarla. San Benito nos *pide tener la muerte presente ante los ojos todos los días*⁶² para no olvidar que nuestra vida y todos nuestros actos tienen un sentido eterno.

Las instrucciones para servir a los enfermos⁶³ y a los ancianos⁶⁴ son también para los laicos una palabra de vida porque en estos tiempos todo el mundo les dice que el que no produce es un miembro inútil para la sociedad, que los ancianos son un problema cuya solución está en los asilos o incluso en el asesinato. S. Benito nos enseña a ver a Cristo en los más débiles —niños, enfermos, ancianos, huéspedes, pobres—, en todos los que para la sociedad de hoy no son más que un problema. Nos enseña también a descubrir que en la sabiduría y en el ejemplo⁶⁵ de los ancianos hay un aporte fundamental para el desarrollo de la comunidad. Un joven de hoy no es capaz de descubrir en su abuelo algo de valor, y por ello cada generación pretende volver a empezar desde cero. En cambio, en el monasterio se cumple la "comunidad de generaciones" que describe Juan Pablo II en su reciente carta a las familias. Dicho al modo de S. Pablo⁶⁶, cada monje es una carta de Cristo escrita en su corazón, redactada por sus antecesores, enriquecida con el don de su vida y leída por los menores en quienes se escribe, por ministerio de la comunidad, una nueva carta de Cristo para las generaciones futuras. Se da en el monasterio un verdadero engendrar en Cristo a las personas y por ello existe una genealogía espiritual de las comunidades y de los individuos que nace de Jesucristo, pasa por S. Benito,

⁶¹ RB Pról. 6-7.

⁶² RB 4, 47.

⁶³ RB 31, 9 y 36.

⁶⁴ RB 36.

⁶⁵ RB 7, 55.

⁶⁶ 2Co 3,2-3.

llega –de diferentes maneras– a las distintas casas, y cuyos rasgos se pueden gozar como una gran riqueza humana, familiar y espiritual. Creo que esta genealogía espiritual no existe hoy ni siquiera en muchas familias católicas porque lo que se transmite son costumbres, cierta doctrina, algunas celebraciones tradicionales y algunos valores, pero lo que es engendrar –reengendrar– a los hijos en Cristo es algo muchas veces desconocido.

En la estabilidad del monje, en la confesión de que –después de haber hecho su profesión monástica– si el monje sale del monasterio *es por instigación del diablo*, el laico debiera descubrir una palabra para su propia vida de familia. Cuando se habla de dejar al cónyuge y a los hijos como el "derecho a rehacer la propia vida", el monje debe hablar clara y humildemente de las dificultades de su propia estabilidad en el monasterio y sobre todo de la vida que finalmente descubre en ella. Hablar del diablo no es oscurantismo ni patrañas, sino estar consciente de un peligro que se enfrenta en la búsqueda de la felicidad de que hablamos más arriba. La estabilidad, y todas las demás medidas que puedan decirse ascéticas de la Regla de S. Benito, no tienen más objetivo que el ensanchamiento del corazón⁶⁷ para poder amar y que –participando de los sufrimientos de Cristo– se llegue a participar de su resurrección. La estabilidad es el espacio para la conversión porque en ella tarde o temprano el hombre se enfrenta a las alternativas de la contumacia, para continuar buscando la propia voluntad en situaciones alternativas a las que uno vive, y de la conversión, que es abrirse a la gracia de Dios para obedecer desde cualquiera que sea el propio estado confiando en que esa gracia nos introducirá por un camino de santificación y de verdadera felicidad.

Respecto al trabajo, la Regla de S. Benito también da luces para los laicos. La sociedad actual muchas veces no permite que nadie esté ocioso porque el que no produce no vale nada, y pone así sobre el trabajo del hombre una presión que lo oprime porque en él se juega su valor como persona. S. Benito tampoco permite que nadie esté ocioso pero no por la producción sino porque *la ociosidad es enemiga del alma*⁶⁸, al mismo tiempo que procura encontrar un equilibrio entre el trabajo y las demás actividades del monje como la oración y el descanso. Cierto que no deben

⁶⁷ RB Pról. 49.

⁶⁸ RB 48, 1.

estar ociosos, pero también busca que tengan la ayuda necesaria para desempeñarse con *tranquilidad de espíritu*⁶⁹, para que el trabajo no consuma al hombre como se consume cualquier otro factor de producción. Ni siquiera una habilidad especial justifica por sí misma su ejercicio si no se dan al mismo tiempo las condiciones para que lo que se hace sea beneficioso para el artesano: *ejerzan sus oficios con toda humildad, si el abad lo permite*⁷⁰. Por otro lado, sucede que —al mismo tiempo— el mundo desprecia el trabajo como un mal inevitable y envidia a quienes pueden vivir sin trabajar. S. Benito nos invita a trabajar no sólo por la necesidad de comer, sino porque ve en ello camino de vida y de santificación, de lo que nos dan ejemplo los padres y los apóstoles⁷¹. Para el hombre del mundo, que pasa la mayor parte de su tiempo dedicado al trabajo, puede significar un vuelco en la vida descubrir que su trabajo no es sólo la forma de echarse el pan en la boca sino un camino que lo lleva a Dios, algo que debe hacer de modo que *en todas las cosas sea Dios glorificado*⁷².

IV. Reflexión Final

Sería fácil hacer un paralelo entre el movimiento monástico que salió al desierto y el Movimiento que existe hoy en las ciudades. Ambos surgen como una respuesta al llamado a vivir el Evangelio en toda su radicalidad y, por ello, en sus diversas formas presentan una postura más o menos contestataria frente a la sociedad e incluso frente a algunos aspectos de la vida de la Iglesia institucional. Hoy, aunque no se sale siempre al desierto y se da en circunstancias distintas, podemos dar testimonio real de cómo la necesidad espiritual de una multitud de personas recibe respuesta —como lo hizo en los orígenes del movimiento monástico— a través de la escucha y la obediencia a la Palabra de Dios que les llega por medio de los movimientos. Como el movimiento monástico, el fenómeno de los movimientos no surge de una iniciativa de la jerarquía de la Iglesia y, por lo mismo, tam-

⁶⁹ RB 31, 17.

⁷⁰ RB 57, 1.

⁷¹ RB 48, 8.

⁷² RB 57, 9.

bién la pone frente al desafío de incorporar de modo adecuado estas nuevas formas de la vida cristiana que el Espíritu ha suscitado. Como en los orígenes del movimiento monástico, no es extraño que miembros de los movimientos se consagren plenamente a Dios —muchas veces en celibato— sin votos, ni profesión religiosa, ni orden sacerdotal, sino en virtud de la simple y radical consagración que ven en su propio bautismo.

¿Qué pueden pedirle los laicos y los movimientos a los monasterios? Mi sensación es que lo central es la fidelidad a su propia vocación. He visto miembros de movimientos que entran en los monasterios pero también monjes que han entrado en movimientos de distintos tipos. Esto sucede porque de alguna manera la vida monástica también está sufriendo una fuerte presión para que se renueve. Creo que la verdadera respuesta a esta presión está en volver al carisma de los fundadores. Es cierto que mucha gente valora los monasterios porque en ellos se ha preservado la cultura y la civilización cristiano-occidental, pero también es frecuente que la mayor parte de esas personas se quedan en esta añadidura sin descubrir la fuente de la vida monástica que es el Evangelio. Es necesario redescubrir la fuerte invitación del Prólogo de la Regla de S. Benito a entregar la vida, viendo claro que no hace un llamado tibio, ni guarda silencio ante las personas del pueblo, sino que invita con fuerza a seguir su camino. Hace muy pocos años, la Madre Abadesa M^{ra} Rosario Santiago, del Monasterio de la Ascensión, de Zamora, recientemente fallecida, me hacía ver lo peligroso que es abandonar la Regla de S. Benito en pos de teorías o de nuevas normas de vida que estén más de acuerdo con el tiempo que vivimos. Y yo pude ver cómo seguían llegando novicias a su monasterio —al contrario que en otras casas de España—, cosa que un monje amigo me explicó diciendo que daban a la lectio divina una hora en la mañana y otra en la tarde. La verdadera renovación de la vida monástica, de la que los movimientos y la Iglesia toda puede esperar tanto, está en una vuelta al primer amor. Volver al primer amor como comunidades y congregaciones redescubriendo con fidelidad la persona de S. Benito que se revela a sí mismo, incluso en los párrafos más inaplicables de la Regla. Y volver al primer amor como personas, redescubriendo las razones que están en la raíz de la propia vocación que es realmente un llamado a la vida. Los monasterios y los laicos de los movimientos, siendo fieles cada uno a su propia vocación, se encontrarán en la unidad de Cristo.



PONTIFICIUM CONSILIUM
PRO LAICIS

Vaticano, 29 de octubre 1993

Sr. José Manuel Eguiguren Guzmán
Movimiento Apostólico Manquehue
Santiago de Chile

Muy estimado José Manuel :

Le agradezco su tan amable carta del 30 de septiembre pasado. Recuerdo también yo aquel encuentro tenido hace siete años en el que, por primera vez, tomaba conocimiento de la existencia de vuestro Movimiento en Santiago de Chile. No lo he olvidado, sea por la calidad humana y cristiana del testimonio de las personas encontradas, sea por el descubrimiento de cómo el Espíritu del Señor había suscitado el nacimiento y estaba guiando el crecimiento del "Movimiento Apostólico Manquehue". En sucesivos encuentros, he ido conociendo más a fondo la obra del Espíritu Santo en el Movimiento.

He leído ahora con vivo interés toda la documentación que me ha enviado —compartiéndola con mis colaboradores—, de la que no puedo sino confirmar aquel primer discernimiento y unirme a vuestra gratitud al Señor por las maravillas obradas en los miembros del Movimiento y por las obras espirituales, educativas y apostólicas que son medios fecundos para la dilatación de su Reino en medio de los hombres. Signos auténticos de la fecundidad espiritual, del arraigo en la comunión eclesial y de la proyección misionera del Movimiento son los testimonios paternales, alentadores, por parte de S.E. Mons. Carlos Oviedo Cavada, Arzobispo de Santiago, y de sus predecesores, los Sres. Cardenales Raúl Silva Henríquez y Francisco Fresno Larraín.

En cuanto Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, deseo manifestar mi admiración y aprecio, invitándolos a seguir viviendo, como fieles laicos, "en la escuela del servicio divino" en plena comunión eclesial. Mucho me interesa continuar recibiendo información para compartir la vida y obras de vuestro movimiento laical, "inspirado en el testimonio y la enseñanza de amor y

de amistad de S. Juan apóstol, con la Regla de San Benito como fuente de guía espiritual. Me parece muy oportuno y enriquecedor que prosiga en esa relación de profunda interacción espiritual con monasterios benedictinos. Dios quiera que desde Chile, e Inglaterra ahora también, el Movimiento vaya extendiendo sus radios de con-vocación, de servicio, de extensión misionera, en diversas Iglesias particulares, siempre en comunión con sus Pastores.

Por todo ello, transmito mi bendición especial a Usted y a todos los que forman parte del Movimiento Manquehue y a los que colaboran en su guía y en sus diferentes obras.

In Christo et Maria Sanctissima



Eduardo F. Card. Pironio
Presidente